

*Universidad y profesiones de la salud.  
Prefiguraciones y configuraciones históricas*

María Guadalupe García Alcaraz y Armando Martínez Moya (coords.)  
Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2011.

ELENA PEYRO BELTRÁN

Para dar vida a una temática poco estudiada, se han reunido diversos autores coordinados por María Guadalupe García y Armando Martínez Moya. De este esfuerzo nació el texto: *Universidad y profesiones de la salud: prefiguraciones y configuraciones históricas*, editado por la Universidad de Guadalajara en 2011. Este texto hace un interesante recorrido en tiempo y espacio por diversas aulas coloniales, movimientos estudiantiles, consultorios médicos, vida cotidiana de enfermeras, procesos terapéuticos, formas de asistencia médica e higiene pública de Guadalajara, Colombia y Venezuela. Para que el lector se de una idea de lo que puede encontrar voy a comentar someramente los trabajos que conforman esta compilación.

Alicia Morales Peña, en su artículo: «El rey recorre las aulas: proyección de la legislación colonial en los primeros estatutos de la Universidad Venezolana de Mérida 1836»; hace alusión al surgimiento del derecho indiano a partir de la creación de una legislación concreta para América, que en momentos

resultaba ineficaz debido al desconocimiento de la situación americana por las personas que la dictaron. La autora destaca la labor de Simón Bolívar como reformador en la búsqueda de una autonomía universitaria.

Armando Martínez Moya, titula su trabajo «Autonomismo y reforma socialista, dos posiciones encontradas en el movimiento estudiantil de 1933-1934 en la Universidad de Guadalajara». En él ofrece una visión de los años de la reforma en un México compulsivo con Lázaro Cárdenas como figura cimera y caracterizada por un socialismo educacional. Apunta que los cambios estructurales radicales no se darían en la economía ni en el orden social ni en las instituciones políticas, entonces se le apuesta a la educación. En este sector recaería todo el flujo de las intenciones transformadoras. La educación fue vista como garante, el eslabón favorito de un proyecto mayor. El Estado convirtió

así a la educación en un factor estratégico, en la punta de lanza de la reforma cardenista en todos los órdenes (p.45). Sin embargo, la orientación ideológica socialista, no fue acompañada por un cambio estructural en otros frentes de la vida social. Su fuente de información son algunos sucesos acaecidos durante la huelga estudiantil de 1933 en Guadalajara.

María Guadalupe García Alcaraz y Haydeé Dávalos Robledo, participan con un trabajo titulado, «La Escuela de Arquitectura de la Universidad de Guadalajara, 1948-1969». Su objetivo es comprender de qué manera Guadalajara alcanzó el segundo lugar en cuanto a crecimiento urbano. Las autoras analizan la imagen que buscaban proyectar los gobiernos locales, los cuales la visualizaban como una ciudad de pobladores progresistas y constructores, pretendiendo immortalizarse en obras suntuosas, en grandes y elevados edificios públicos que dominarían el paisaje urbano, obras que evidenciarían una época de supuesta abundancia y desarrollo ascendente. Mencionan que la urbe era la manifestación físico-espacial de ideas y valores relacionados con el progreso permanente del país, el estado y la ciudad, de ahí que se requirieran sujetos que participaran el-

borando las obras arquitectónicas. Para lograr tal fin se necesitaba una escuela que formara a los ejecutores y ordenadores de este imaginario para concretarlo en obras.

Álvaro Acevedo Tarazona, en «La influencia del exilio intelectual español en la Educación Superior de Colombia. El caso de la Universidad Industrial de Santander», nos muestra las características que marcaron a dicha universidad desde su fundación y la consolidación del proyecto universitario para la promoción de los programas de ingeniería de la institución, los cuales fueron propuestos por profesores extranjeros. Si bien el exilio español a Colombia ha sido considerado insignificante y de poca importancia, por su escaso número comparado con otros países de América Latina, no lo es la huella académica y profesional que dejó en la universidad.

«La práctica laboral de los oculistas en Guadalajara, 1860-1914», es un trabajo donde Luciano Oropeza Sandoval demuestra otra forma de escribir la historia de las instituciones, permeado de detalles acerca de la práctica oftalmológica y por ende, de sus practicantes en Guadalajara. Nos cuenta cómo los primeros individuos que brindaron atención oftalmológica, lo hicieron a la

par de otros servicios relacionados con la salud. Menciona la importancia de la llegada en 1881 de la «afamada oculista» Victoria Laporte a Guadalajara. Su caso llamó la atención porque hasta ese momento las mujeres sólo habían tenido participación en los oficios relacionados con la enfermería y la partería. Destaca por igual la condición itinerante de los médicos pues estos se quedaban poco tiempo en Guadalajara. Para mediados de los años ochenta del siglo XIX, arribaron a Guadalajara los primeros oculistas equipados con técnicas para medir la capacidad visual y con materiales para adaptar anteojos. Entreverado en el discurso nos muestra los principales padecimientos de la sociedad y las relaciones de competitividad entre instituciones. Oropeza afirma que hasta finales del siglo XIX, la trayectoria laboral de los oculistas no se relacionó con actividades duraderas y de plena dedicación ni lograron entretejer lazos permanentes de atención médica con la población, pero sí tuvieron la virtud de introducir en el ámbito de los galenos los primeros aparatos para medir la capacidad visual y materiales novedosos que ayudaron a brindar más opciones a los enfermos de la vista

Laura Catalina Díaz Robles con su

artículo: «Conformación de la Hermana-Enfermera. Regulación de las prácticas cotidianas en los hospitales católicos de Guadalajara durante la primera mitad del siglo XX», hace un análisis exhaustivo de las prácticas de un grupo de mujeres laicas devenidas en religiosas, quienes, además de atender enfermos, con la rutina diaria fueron instituyendo normas de comportamiento que posteriormente puntualizaron por escrito. Se trataba de formas de organización, que dieran cuenta del objetivo de la orden, de los rituales de ingreso, de los sistemas de sanciones y recompensas, de las formas de vestir y de cómo utilizar el tiempo. Estas religiosas de vida activa trascendieron fronteras geográficas y jurisdicciones diocesanas; sin aspirar a ser profesionales, acabaron siéndolo en un medio en el que no eran libres para tener una aspiración profesional. De manera puntualizada describe la cotidianidad de las hermanas dentro de la obediencia y el sometimiento que llegaba a extremos radicales. Siempre subraya la significación de ser una hermana enfermera, pues no sólo es aquella que aplicaba inyecciones y daba medicinas, sino que cumplía una función importante en los rituales.

Otra participación de Luciano Oropeza en coautoría con Jaime Horta

Rojas, «El agua y la electricidad como instrumentos terapéuticos en Guadalajara», nos hacen llegar información sobre el surgimiento del método anatómico-clínico como elemento revolucionario de la institución médica y sus practicantes durante el siglo XIX. En este largo periodo dicho método emerge como un paradigma que regula la intervención de los médicos, desplaza saberes y prácticas, cuyo origen y fundamentación estaba basada, fundamentalmente, en la retórica de textos clásicos. En el trabajo de los galenos se observaba cómo los conocimientos y prácticas derivadas de la medicina científica adquirieron mayor legitimidad, factor que desalentó la evolución de otras opciones de salud en la localidad.

El artículo sucesor, cuyo nombre es «Entre los miasmas y los microbios: Guadalajara vista por un higienista del siglo XIX», de los autores Gabriela Guadalupe Ruíz Briseño y Jaime Horta Rojas, narran que desde principios del siglo XIX algunos médicos, basados sobre todo en las teorías miasmática y social de la enfermedad, se propusieron crear una «medicina nacional», a través de estudios pormenorizados del entorno y de las condiciones de vida de los habitantes. Sus estudios fueron plasmados

en las topografías o geografías médicas. Estos esfuerzos no llegaron a fructificar sino hasta las últimas décadas de la centuria. En Jalisco la labor fue cristalizada por el médico higienista Salvador Garcíadiego en 1892. Es interesante el repaso que se hace en este artículo de algunos conceptos y explicaciones de actividades emergentes en el ámbito de la medicina, como también del porqué se realizaron los estudios bacteriológicos y los objetivos de los mismos.

El último trabajo del libro nos lo presenta Luciano Oropeza Sandoval con el título «La asistencia médica a los trabajadores en Jalisco, 1900-1946», quien se interesa por comprender la labor desplegada por los médicos en la atención a los trabajadores en esta época, tema que analiza meticulosa y analíticamente. Nos cuenta que con los médicos sólo acudían prácticamente las familias cultas y acomodadas. Esta circunstancia se modificó con el correr de las primeras décadas de la centuria siguiente debido al avance de los descubrimientos aplicados, al mejoramiento de las condiciones técnicas de los hospitales, la expansión económica y la creciente concentración de la población urbana en la capital jalisciense.

Esta obra en su conjunto permite comprender la concepción de diversos

saberes que dieron soporte al pensamiento racional en la medicina como materia y práctica, donde cada autor se comprometió con un pedacito de historia que va hilvanando la permanencia o modificación de las prácticas médicas en los distintos ámbitos como correctores o defensores de disímiles aconteci-

mientos. Cada artículo determina un proceso histórico que resalta la necesidad de conocer y estudiar a profundidad los sucesos institucionales como premisa de un antecedente necesario en el conocimiento del devenir social y cultural.